



El rostro del discípulo en lo cotidiano

El hombre es un peregrino. Vive como extranjero en un mundo que no le pertenece del todo. Es un caminante que cruza el desierto de la existencia: solo posee la tierra que pisa, y en cuanto da un paso, ya no es suya.

No somos dueños, sino administradores de los bienes de Dios. Así lo repiten insistentemente los Padres de la Iglesia. Esta verdad nos interpela hoy con fuerza, a través de unas lecturas que no hablan de milagros espectaculares ni de gestos heroicos, sino de lo cotidiano: del mercado, del dinero, de la fidelidad en lo pequeño.

Nos invitan a mirar cómo vivimos lo ordinario, porque ahí se juega lo eterno.

El grito de los pobres

El profeta Amós alza la voz contra una sociedad que ha convertido el comercio en instrumento de opresión. No se trata solo de vender productos, sino de vender al pobre por un par de sandalias. Es decir, se cosifica al ser humano, se le reduce a valor de mercado.

San Basilio Magno lo expresa sin rodeos: ***“El pan que guardas pertenece al hambriento; el abrigo***

que escondes, al desnudo; el dinero que enterraste, al necesitado.”

La injusticia no siempre se comete con violencia. A veces basta con indiferencia.

La indiferencia es el silencio del corazón ante el sufrimiento ajeno. No es solo falta de acción, sino una forma de ceguera moral que nos vuelve cómplices del dolor que no queremos ver.

San Maximiliano Kolbe lo decía con claridad: ***“La indiferencia es el mayor pecado de nuestro tiempo.”***

La fidelidad como medida del alma



Jesús nos lleva al corazón del problema: no se trata solo de grandes decisiones, sino de cómo vivimos lo pequeño.

La fidelidad en lo pequeño no es simplemente cumplir con deberes, sino vivir una vida coherente con los valores que se profesan.

Es en la constancia de los detalles donde se forja un carácter sólido y se abren las puertas a la grandeza.

San Agustín nos recuerda: ***“No digas: ‘No tengo mucho, ¿qué puedo hacer?’ Porque si no eres fiel en lo poco, tampoco lo serás en lo mucho”.***

La vida cristiana no se mide por gestos gran-

diosos, sino por la coherencia diaria.

No hay espacio para la doble moral. La fidelidad a Dios se prueba en lo concreto: cómo tratamos a los demás, cómo usamos el dinero, cómo respondemos a la necesidad.

No podéis servir a Dios y al dinero

Jesús no condena el dinero en sí, sino el corazón que lo convierte en ídolo. El dinero puede ser un buen siervo, pero es un pésimo amo. Cuando el dinero ocupa el centro, Dios queda en los márgenes. San Juan Crisóstomo advierte con sabiduría: ***“El dinero es como el agua del mar: cuanto más se bebe, más sed da.”***



La verdadera libertad no está en tener más, sino en saber compartir.

Unidad del mensaje: fidelidad, justicia y corazón

Las dos lecturas de hoy se unen en una misma llamada:

- Sé fiel en lo pequeño.
- Sé justo en lo oculto.
- Sé libre frente al dinero.

Porque ahí, en lo más cotidiano, se revela el verdadero rostro del discípulo.



Sal 112, 1-2. 4-6. 7-8

A Alabad, siervos del Señor,
alabad el nombre del Señor.
Bendito sea el nombre del Señor,
ahora y por siempre.

El Señor se eleva sobre todos los pueblos,
su gloria sobre los cielos.
¿Quién como el Señor, Dios nuestro,
que habita en las alturas
y se abaja para mirar al cielo y a la tierra?
Levanta del polvo al desvalido,
alza de la basura al pobre,
para sentarlo con los príncipes,
los príncipes de su pueblo.

El Salmo 112, cantado en la liturgia pascual y en las grandes solemnidades, es un himno de alabanza que celebra la fidelidad de Dios y su predilección por los humildes. Jesús mismo lo entonó en la Última Cena, haciendo de este canto una profecía vivida.

San Agustín comenta que *“alabar al Señor no es tarea de los soberbios, sino de los siervos”*, pues sólo quien se reconoce pequeño puede bendecir al Dios grande. La alabanza no nace del poder, sino de la dependencia amorosa.

San Gregorio Magno, a su vez, observa que

“Dios está por encima de los cielos, pero su mirada se inclina hacia la tierra”, y añade: *“El Altísimo no desprecia lo bajo, sino que lo levanta.”* Esta es la paradoja divina: cuanto más alto es Dios, más cerca está del pobre.

San Juan Crisóstomo, en su comentario sobre los salmos, afirma que *“Dios no sólo ve al pobre, sino que lo toma de la mano y lo sienta entre los príncipes”*. Esta imagen anticipa la dignidad del cristiano, elevado por la gracia, no por méritos humanos.



San León Magno, en una homilía sobre la Natividad, conecta este salmo con la encarnación, escribiendo: *“El que creó la majestad de los cielos, eligió nacer en la humildad de un pesebre, para que el hombre, levantado del polvo, pudiera sentarse con los ángeles”*.

Aplicación espiritual.

Dios mira al que se deja mirar, levanta al que se deja levantar. Nuestra tarea es disponernos: en la oración, en los quehaceres, en la vida fraterna. Nuestra alabanza ha de ser humilde, nuestra esperanza confiada, y nuestra fidelidad constante, porque el Señor, que se inclina hacia el pobre, también se inclina hacia nosotros

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis
Unos textos para guardar en la memoria del corazón



El dinero es como el agua del mar: cuánto más se bebe más sed da.